

Éxodo

Lección 27

Capítulos 26, 27 y 28

Nota: Si desean ver las ilustraciones disponibles para esta y todas las lecciones, pueden visitar la página en inglés y buscar en la sección "Old Testament Studies" - Exodus, en la parte superior derecha donde dice "Illustrations PDF".

En el capítulo 25, Jehová da instrucciones para los tres muebles principales que deben ubicarse dentro del santuario del Tabernáculo: el Arca del Testimonio, la Mesa del Pan de Su Presencia y la Menorah (candelabro de oro). A partir del capítulo 26, recibimos instrucciones para la construcción del Tabernáculo mismo.

Avanzaremos bastante rápido esta noche y cubriremos los capítulos de Éxodo 26, 27 y la primera parte del 28, además de algunos pasajes del Nuevo Testamento que son pertinentes al tema.

Mantén la Biblia abierta y a mano.

LEER EL CAPÍTULO 26

Ya hemos discutido que el Tabernáculo estaba dividido en tres zonas con diferentes grados de santidad: el Lugar Santísimo, siendo el más sagrado; el Lugar Santo, con algo menos de santidad; y el Atrio Exterior, con el mínimo grado de santidad. Recuerda también que el perímetro del Tabernáculo era básicamente una cerca de tela que rodeaba un patio abierto. La porción de la tienda, que consistía SOLO en el Lugar Santísimo y el Lugar Santo, era la única parte del Tabernáculo que tenía techo.

Aunque existe cierto desacuerdo sobre la longitud exacta de un codo bíblico en medidas modernas, el consenso general es que el perímetro del Atrio Exterior era de aproximadamente 150 pies de largo por 75 de ancho. El Tabernáculo siempre se orientaba en una dirección Este-Oeste, con la tienda ubicada hacia el Oeste. Una gran entrada de 30 pies de ancho estaba en el lado Este del patio, y la entrada a la tienda también miraba hacia el Este.

Dado que el propósito del Tabernáculo era moverse según la dirección de Dios para Israel, debía ser portátil. Su diseño era bastante ingenioso para lograr esto, y las especificaciones dadas aquí permitían que se ensamblara, desmontara y transportara múltiples veces. Estaba hecho para soportar las condiciones extremas del desierto, como la sequedad y los fuertes vientos cargados de arena. Aunque no estaba construido con materiales livianos, sí era resistente, por lo que debió haber sido bastante pesado. El libro de Números nos dice que solo los metales preciosos sumaban un total de 8 toneladas, y la madera utilizada para la construcción también debió de haber pesado varias toneladas. Incluso la tela y la piel de carnero debieron ser considerablemente pesadas. También se nos informa que varias carretas cubiertas, tiradas por bueyes, se usaban para transportar el Tabernáculo. Sin embargo, el mobiliario del Tabernáculo (el Arca, la Menorah, la Mesa de Su Presencia y el Incienso) se cargaba a mano. A ciertos clanes de la tribu de Leví se les asignaban artículos específicos para cargar; tocar cualquier otro era una violación contra el Dios de Israel.

La cortina que rodeaba el Atrio Exterior estaba hecha de lino finamente tejido y sostenida por pilares de madera de acacia recubiertos de bronce. Al final de cada pilar había clavijas de bronce, y cuerdas se amarraban desde la parte superior de cada pilar hasta el suelo, sujetas por estacas de bronce. Nótese el uso de bronce aquí. Como esta área exterior era accesible para la gente, se usaba este metal menos precioso en su construcción. Además, desde un punto de vista práctico, el bronce era mucho más duro y útil para la construcción que el oro o la plata. En la parte

superior de cada pilar había una chapa de plata y algunos ganchos de plata de donde se colgaban las cortinas.

Los colores de la lana para las cortinas (azul, violeta y escarlata) hacían el proyecto más caro, ya que estos colores en particular eran difíciles de producir. Se nos dice que algunas o todas las cortinas de lino tenían querubines tejidos en ellas. Aunque el significado de los misteriosos querubines es difícil de explicar, su importancia es evidente. Dado que era Jehová quien daba estas instrucciones para Su Tabernáculo, y que este representaba en la Tierra el Tabernáculo celestial y espiritual, parece que Dios empleó numerosos querubines en servicio a Él, generalmente como guardianes de Su Santidad. Además, los querubines tenían el extraordinario privilegio de estar cerca de Dios e interactuar con Él en Su trono.

La tienda, el santuario, medía alrededor de 45 pies de largo, 15 pies de ancho y 15 pies de alto, y estaba dividida en dos habitaciones: el Lugar Santo, que era el más grande, de aproximadamente 30 pies por 15 pies, y el Lugar Santísimo, que medía 15 pies cúbicos. Como se espera, la madera de acacia utilizada en el santuario estaba recubierta de oro, en lugar del bronce usado en el patio. El oro debió reflejar la luz de una manera magnífica. ¿Puedes imaginar el cálido color ámbar que debió haber tomado la sala con la luz reflejada en las paredes doradas?

Las tablas de madera de acacia se usaban para formar la estructura del santuario y estaban completamente recubiertas de oro. La estructura completa de oro y madera de la tienda estaba cubierta y protegida con cuatro capas: la capa más interna era de lino fino, seguida de una de pelo de cabra tejido. El pelo de cabra era el material más común para tiendas; la mayoría de los israelitas lo usaban debido a su abundancia, durabilidad y resistencia, y, según el tejido, podía ser algo impermeable. Encima del pelo de cabra había una capa de pieles de carnero teñidas de rojo, y finalmente, la capa exterior, expuesta al clima del desierto. Esta última capa es algo misteriosa, pues la palabra hebrea para ella es “tachash”, que se refiere a algún tipo de piel animal. Muchos traductores la describen como una piel de mejor calidad, aunque estudiosos judíos sostienen que era piel de foca o marsopa, ya que era impenetrable y repelente al agua, ofreciendo protección contra el polvo fino del desierto. Posiblemente los israelitas intercambiaron estas pieles con residentes locales cerca del Mar Rojo.

La entrada principal a la tienda, que daba al Lugar Santo, se llamaba la “puerta” (en hebreo masakh). Para entrar al Lugar Santísimo, había que pasar primero por el Lugar Santo. Un velo o cortina (llamado parokhet en hebreo) separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo. En hebreo, el Lugar Santo es “Kodesh” y el Lugar Santísimo es “Kodesh ha-Kodashim”.

LEER ÉXODO CAPÍTULO 27

Así como el Arca era el objeto más sagrado e importante dentro del santuario de la tienda, el Altar del Holocausto es el objeto más sagrado e importante FUERA del santuario de la tienda. Por lo tanto, el diseño y ubicación del gran altar de sacrificio son de suma importancia. Aquí es donde innumerables animales inocentes perderían la vida, su sangre sería derramada y sus cuerpos quemados hasta convertirse en cenizas, todo necesario para expiar los pecados de la humanidad y así poder estar en paz con Dios.

En ocasiones, este altar es llamado "el Altar del Holocausto" (en hebreo se le denominaba mizbah ha-‘olah). En inglés se le conoce como "Brazen Altar"; "brazen" simplemente significa que estaba hecho del metal más resistente que ellos trabajaban en ese tiempo: el bronce (una mezcla de hierro y cobre). Así que Altar, Altar de Sacrificio, Altar de Ofrenda de Holocausto y Altar de Holocausto se refieren a la misma cosa. Prácticamente, el Altar era una cavidad de fuego: una estructura construida con madera de acacia como marco y recubierta de bronce para evitar que se quemara. Medía aproximadamente 7 pies y medio de largo en cada lado y algo

menos de 5 pies de alto. Cuatro "cuernos" se moldearon en él, uno en cada esquina, y se usaban para amarrar a los animales durante el sacrificio. Si los cuernos tenían un significado espiritual o si estaban ahí por razones prácticas es una pregunta abierta. Se han encontrado altares cananeos con cuernos similares.

Se requería una variedad de herramientas e instrumentos para el uso del Altar, y estos debían fabricarse de bronce: palas para las cenizas, tazones para recolectar la sangre del animal, braceros para cargar el carbón caliente y palas o recipientes especiales para llevar las cenizas fuera del campamento. Así como el Arca del Testimonio tenía anillos en los lados, el Altar tenía anillos para insertar postes de madera y facilitar su transporte cuando Jehová instruí a mover el Tabernáculo. El Altar no debía colocarse en una carreta; debía ser cargado a mano de un lugar a otro, para lo cual se usaban los postes.

El Altar se ubicaba justo al entrar por la puerta del Atrio Exterior. Como mencioné la semana pasada, cuando Dios le indicó a Moisés construir un altar para los sacrificios que sellarían el pacto entre Israel y Jehová, este debía estar fuera del área santa del monte Sinaí, en un terreno en el valle, más allá de la verja de piedra que actuaba como barrera, un área accesible para la gente día y noche. Del mismo modo, el Altar del Holocausto se ubicó fuera del área santa del tabernáculo, en el Atrio Exterior, donde las personas tenían acceso continuo. Esto sugiere que el altar de piedra del pacto probablemente fue desmantelado una vez que el Altar del Holocausto se construyó y comenzó a funcionar.

La ubicación del Altar era significativa, pues estaba entre la puerta del Atrio Exterior y la entrada al Lugar Santo. Había que pasar por el Altar para ingresar al santuario. De hecho, cada vez que un sacerdote entraba al santuario, debía realizar un sacrificio. Esto es una enseñanza profética y simbólica del propósito de Yeshúa: debemos pasar por el sacrificio de Cristo para entrar en el santuario de Dios.

Quizás el mejor símbolo para entender la conexión entre el Altar del Holocausto y Jesús sea la cruz. Es decir, la cruz fue para Cristo lo que el Altar del Holocausto fue para los animales sacrificados. Los animales debían ser elevados al Altar, atados a sus cuernos, y allí se derramaba su sangre para expiar los pecados de Israel. Cristo fue elevado en la cruz, a la cual fue atado, y allí derramó Su sangre para expiar los pecados de Israel. Este plan también incluyó a los gentiles, quienes, aunque no israelitas, fueron unidos espiritualmente a Israel para participar en los pactos de Dios. Pero esta es la única manera en que eso podía suceder: uno debía ser injertado en Israel y en sus pactos con Jehová para beneficiarse de la obra de Cristo. Para aquellos que son nuevos en esta enseñanza, quiero aclarar que esto no significa que uno deba convertirse en judío físicamente para ser creyente, ni debe practicar el judaísmo. "Injertado" es una metáfora espiritual, no física, y ocurre cuando, por fe, confías en Yeshúa como tu Salvador y Señor. Escuchemos lo que Pablo dice en Romanos 2 y 3.

LEER ROMANOS 2:17 HASTA ROMANOS 3:1-4

A veces, los cristianos tendemos a sobregeneralizar y a buscar una visión racional y científica de la Biblia donde todo debe ser blanco o negro. Sin embargo, así no es como Dios opera. En Romanos, se explica que, aunque muchos judíos no siguieron el plan de salvación de Dios, eso no cancela Su fidelidad hacia ellos. Además, debemos entender que, mucho antes de que Israel existiera en la tierra, el ideal celestial de Israel (es decir, los principios de Dios vividos por los seres humanos) ya existía. Israel fue creado para registrar estas leyes y principios y demostrar que toda la humanidad podía testificar y, bajo ciertas condiciones, beneficiarse del ideal celestial. Israel tuvo éxitos y fracasos. El judío que aceptó al Mesías enviado por Jehová, Yeshúa, es, según Pablo, el que se sometió al ideal celestial, y él lo llama el "verdadero judío" desde una

perspectiva celestial. En cambio, el judío que solo cumplió rituales sin amor y confianza en Dios y que rechazó al Mesías permanece físicamente judío, pero no cumplió su propósito.

Aquí también se presenta otro concepto: el de un gentil que confía en el Mesías de Israel, Yeshúa, y busca alcanzar el ideal celestial. Este gentil, al que hoy llamamos salvo o creyente, es etiquetado por Pablo como el "verdadero judío". Esto no significa que un gentil adquiere genes hebreos, sino que Dios lo ve como parte de aquellos que reflejan el ideal celestial de Israel. Esta idea no es tan difícil de entender si consideramos el principio cristiano de que, al ser salvos por la sangre de Yeshúa, Dios ya no nos ve como pecadores, sino como puros y limpios. Aunque seguimos siendo humanos y luchamos contra el pecado, Dios nos ve justificados. De manera similar, Dios elige ver a los gentiles creyentes como aquellos que poseen los atributos del pueblo que debía personificar el ideal celestial: Israel. No somos judíos, pero en cierto sentido, Él nos ve así.

La Biblia nos recuerda constantemente la deuda de gratitud que los gentiles le debemos a Israel, no solo como un sentimiento, sino también como una expresión tangible. Esta noche, toma tu tiempo y lee Romanos 9, 10 y 11. Léelos sin detenerte en las divisiones de capítulo, pues Romanos es una carta continua. Deja de lado las enseñanzas alegóricas que hayas recibido y léelo literalmente; verás que el proceso de injertar a los gentiles en Israel se vuelve más claro e indiscutible.

Permítame añadir algo más: un principio eterno de Dios se hace visible y claro mediante el Altar del Holocausto: sin sacrificio de sangre, no hay expiación de pecados. El constante sacrificio diario en el Altar era un recordatorio visible y poderoso para el pueblo de Israel de este principio. Al igual que a veces hablamos del sacrificio de Jesús de manera distante y directa, quizás algunos israelitas veían con dolor cómo aquellos animales inocentes eran sacrificados en representación de Israel. Para el israelita promedio, que presenciaba regularmente este proceso, debía de haber representado un entendimiento agrícolamente amargo: no hay expiación por el pecado sin la sangre del sacrificio. La amargura estaba en la interminable oleada de sangre que fluía del Altar; la dulzura, en saber que todo esto fue dispuesto por un Dios misericordioso para salvar sus vidas y permitirles una relación continua con el Dios Santo del universo, a un gran costo.

Quizás esa película de Mel Gibson, *La Pasión de Cristo*, fue el elemento visual moderno que necesitábamos para entender el horror que vivió Yeshua en sus últimas horas de vida. Sé que, en ocasiones, hacía un gesto de dolor y desviaba la mirada, tratando de no ver Su sangre, la sangre del sacrificio, salpicando y manchando el pavimento. Pero, hermanos, esa es la terrible verdad del sacrificio; el sacrificio no es agradable. Las muertes de los animales en el Altar no eran pacíficas, fáciles ni estériles, ni tampoco se realizaban en privado. Eran ruidosas, desagradables, malolientes y devastadoras. Aquellos que traían sus animales para el sacrificio tenían que realizar el acto ellos mismos o hacerlo en conjunto con el sacerdote. No había manera de evitarlo, de eludir la responsabilidad o de esconderse de su deber. Sus pecados, nuestros pecados, llevan consigo un alto precio. Gracias a Dios, ya no es necesario el Altar del Holocausto.

A partir del verso 20, se discute el combustible para la Menorá del Tabernáculo, que debe ser aceite de oliva puro, refinado al máximo. Aquí se instruye que las luces de la Menorá deben arder día y noche. También se reitera que la Menorá debe colocarse fuera de la cortina, el velo o parokhet, que separa el Lugar Santísimo del Lugar Santo, es decir, debe situarse en el Lugar Santo, y Aarón y sus hijos deben encargarse de ella. Es importante mencionar que Aarón no representa a toda la tribu de los levitas, sino que pertenece a uno de los clanes dentro de la tribu de Leví. Otros clanes levitas serán seleccionados para distintas clases de servicios y deberes en el

Tabernáculo. Sin embargo, aquellos que cuidan la Menorá deben ser de la línea de Aarón. Otros clanes de los levitas serán responsables de otros deberes específicos.

Observa que en el último verso del capítulo 27 se establece que el uso de la Menorá, y el clan específico de levitas que se le ha asignado, debe ser un estatuto perpetuo. No obstante, hubo al menos dos ocasiones en la historia de Israel en las que este estatuto fue imposible de cumplir: la primera fue durante el exilio en Babilonia, y la segunda comenzó con la destrucción del Templo en el año 70 d.C., y continúa hasta hoy. El tiempo está cerca en que el Templo será reconstruido en Jerusalén, en el Monte del Templo, que hoy está ocupado por una mezquita musulmana, y la Menorá volverá a arder. La única razón para que los creyentes tengamos esperanza de que este increíble evento ocurra es porque significa que el regreso de Cristo estará literalmente a semanas o meses de suceder, marcando el fin del mundo tal como lo conocemos. Ese templo se construirá debido a la incredulidad del pueblo judío, que no cree que Cristo expió nuestros pecados, de una vez y para siempre, hace casi 2000 años. No creen que el Espíritu del Dios Vivo habita en nosotros, no en algún edificio lujoso. Tampoco creen que el Templo y, antes de él, el Tabernáculo, eran solo copias o sombras de lo que es real: Yeshua Ha-Mashiach es la realidad.

LEER CAPÍTULO 28:1-5

Después de mucha preparación, Jehová dicta que Aarón y sus hijos Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar han sido escogidos y apartados como “cohanim” o sacerdotes. Al mismo tiempo, Dios instruye a Moisés que se confeccione una vestimenta especial para estos sacerdotes, la cual también los distinguirá del resto. En el verso 2, se nos dice que la vestimenta de Aarón, como primer sumo sacerdote, debe ser especial; debe reflejar, en la medida de lo posible, la propia gloria, dignidad y esplendor de Dios.

El uso de ropa especial para la casta sacerdotal no era algo nuevo en varias culturas del Medio Oriente. Sin embargo, para Israel sí era novedoso, porque hasta ese momento en su historia — unos seis siglos desde la época de Jacob— no tenían sacerdotes oficiales. Cualquiera que fuera su adoración hasta el Éxodo y el Monte Sinaí, debió haber sido simple, personal y, francamente, un tanto descentrada. Los hebreos estaban sujetos a los dioses y al sistema religioso de Egipto durante la mayor parte de su historia como pueblo, y, por lo tanto, adoptaron de alguna manera, aunque quizás inconscientemente, una visión de cómo funcionaban los dioses y la religión. Es decir, el sistema religioso egipcio llegó a ser el lente a través del cual Israel miraba el mundo espiritual. Por eso no debería sorprendernos que Jehová fuera tan preciso, definido e inflexible en Sus instrucciones para Israel sobre en qué consistía la verdadera adoración y justicia, y en qué no. Quién es Dios, que Él es uno, y que ninguna persona o nación tiene su propio dios verdadero dedicado solo a ellos. Israel tardó años en comprender esto plenamente, y, a lo largo de su historia hasta Cristo, incluso siguió cayendo en la idolatría.

Ahora que Jehová ha designado a una parte de Israel, la tribu de Leví, para Su servicio como Sus sacerdotes, Él dejó pocos detalles de la adoración y el servicio a decidir por el hombre; incluso estableció qué debían usar los sacerdotes. Debo ser claro: estas vestimentas se usaban solo durante el tiempo de servicio de los levitas en el Tabernáculo. Cuando no estaban en servicio, vestían como el resto del pueblo.

Nos centraremos principalmente en la vestimenta del sumo sacerdote, porque sus ropas estaban increíblemente llenas de enseñanzas y simbolismo. A lo largo del Antiguo y Nuevo Testamento, escucharemos sobre ciertas piezas de su atuendo, cada una de las cuales tenía significados muy precisos. Les adelanto que las vestimentas del sumo sacerdote eran muy proféticas.

Antes de entrar en ese tema, obtendremos un entendimiento general de lo que vestían los sacerdotes levitas regulares: sus atuendos eran simples túnicas de lino blanco, que simbolizaban

justicia y pureza. Consistían en una túnica, un turbante llamado mitra, un cinturón (en inglés, girdle) y pantalones flojos (a veces usados como ropa interior).
La próxima semana estudiaremos la vestimenta del sumo sacerdote.